

Martina Valiente

la cara del miedo

Federico Ivanier



Martina Valiente

La cara del miedo

-

Federico Ivanier

Martina Valiente: La cara del miedo
Federico Ivanier

Criatura editora, primera edición, Montevideo, 2016.
264 páginas: 13,5 × 21 cm.

ISBN 978-9974-8533-4-8

Narrativa infantil y juvenil

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Federico Ivanier, 2016.

© Verbum - libros SRL, 2016.
Bacacay 1318 bis, Montevideo

www.criaturaeditora.com.uy
criatura@criaturaeditora.com.uy

Diseño: Juan Odriozola
Ilustración de cubierta: Sebastián Santana
Corrección: Camila Guillot

Alfaguara, Montevideo, 2005.

Impreso y encuadernado en
Gráfica Mosca
Guayabo 1672 - Tel.: 24083049
Montevideo - Uruguay
Depósito legal . - Comisión del papel
Edición amparada al decreto 218/96

El Mar Infinito estaba en calma; su agua azul, plana como un espejo, unas pocas nubes reflejadas sobre la superficie quieta.

Una goleta de quince metros de eslora avanzaba sobre el agua. En la proa llevaba, tallada en madera blanca, una muchacha de pelo enrulado. La quilla se deslizaba con facilidad, pero lentamente. Las dos velas triangulares casi no embolsaban viento, y Basilio, de unos cuarenta años, brazos fuertes y mirada tranquila, lamentaba haberse alejado tanto de la costa.

Despuntaba la tarde y el sol llenaba el cielo. Las heridas de su pierna, producto de un antiguo ataque de tiburón, le molestaban un poco. Pero no lamentaba la sensación. Poca gente podía contar que había sido mordida por un tiburón. Agradecía esa molestia. Indicaba que era un sobreviviente.

Su hermano Octavio dormía sobre la cubierta, echando ruidosos ronquidos. Lo mismo ocurría, más silenciosamente, con Damián, el aprendiz de catorce años. Basilio suspiró. No había mucho para hacer. Ya habían echado las redes: restaba

esperar. Sus párpados se transformaban en plomo. Temía dormirse en cualquier momento.

Por eso, al principio, creyó soñar. Algo se elevaba delante de la proa. Tendría el tamaño de una persona, más o menos. Era fácil reconocer la forma de la cabeza, hombros, brazos, tronco, piernas. Ascendía desde el agua... Y cómo brillaba. Toda su silueta, parada sobre el mar, encandilaba a Basilio.

Un sueño. Seguro un sueño.

Basilio recordó historias acerca de sirenas que guiaban a los navegantes... o que los llevaban a su muerte. Pensó en llamar a su hermano Octavio y a Damián, pero desechó la idea. No sentía miedo, sino curiosidad.

Mantuvo firme el curso del timón. Durante un instante, ni respiró. Comprendió por qué la aparición era tan brillante: estaba hecha de agua. Todo su cuerpo era líquido.

La figura se elevó un par de metros y avanzó por el aire en dirección a la embarcación. Basilio la miró llegar y le aumentó la picazón en las mordeduras. Se aclaró la garganta y entonces la tuvo ante sí, a no más de metro y medio, sostenida en el aire.

Basilio podía ver su goleta y el resto del mar a través de ella, distorsionados. Ni siquiera goteaba, y tenía formas femeninas claramente definidas. Era algo pequeña, pero se distinguían hebras de cabello, su cintura esbelta, los dedos de las manos,

las formas de los tobillos. Solo su rostro permanecía en permanente movimiento, irreconocible.

—¿Qué...? —empezó Basilio.

Una de las manos líquidas se colocó sobre su boca y su nariz. La primera sensación fue dulce, de frescor. El ahogo llegó inmediatamente después. Basilio trató de alejarse, pero la mano iba adonde él fuera, pegada.

Basilio buscó apartarla, pero era imposible apresar nada, lo único que tenía ante sí era agua. Apenas la apartaba, volvía a cubrirlo. Intentó gritar y apenas consiguió unos leves gorjeos que no despertaron a sus compañeros.

La desesperación lo dominó. Uno de sus pies se enredó con una cuerda y cayó.

Esa mano seguía sobre su nariz y su boca.

I

Las manchas negras

Martina despertó de un sueño aletargado. La luz primaveral se filtraba entre las hojas y flores del jacarandá junto a su casa, se colaba por entre las cortinas azules de la ventana, y llegaba hasta ella. Detrás del vidrio, más arriba, el cielo estaba libre, celeste.

Ese domingo Martina despertó feliz, como siempre lo hacía cada siete de noviembre, en su cumpleaños. Esas mañanas le recordaban a sabores deliciosos, a chocolate y merengue, le traían a la mente globos flotando en el viento y papeles de regalo sobre la colcha. Martina se sentó en la cama y estiró los brazos. El enrollado pelo color ladrillo cayó sobre sus hombros hasta un cuarto de su espalda.

Espió por la ventana. Nadie. El cristal le devolvió una imagen fantasmal de su cara con pecas, impresa mágicamente sobre la calle. La sorprendió ver sus rasgos más delineados que antes, como si alguien los hubiera tallado con más determinación.

Dejó en reposo sus brazos flacos, de huesos largos, y firmes. Miró el cubo dorado sobre su

mesa de luz. La puerta se abrió de golpe. Martina soltó un gritito al tiempo que reía. Lengua afuera, ojos brillantes y orejas levantadas, Sócrates, su enorme perro, corrió hasta su cama y le saltó encima. Tras rodar sobre sí, el animal terminó de costado, mirándola.

—Hola, perrote bobo —le dijo Martina, mientras le pellizcaba el pellejo. Su mascota ladró un par de veces—. Puaj, qué aliento.

—Ah, no —llegó una voz autoritaria—. ¡En la cama no!

Los varios kilos de perro respingaron y marcharon al suelo, donde quedaron pacíficamente acostados. Ariana, la madre de Martina, se asomó al cuarto, cargando el desayuno en una bandeja ovalada, de color azul.

—¡Qué también, Sócrates! —le dijo—. ¡Qué también!

El perro bajó las orejas y apoyó la cabeza sobre sus patas delanteras. La lucha había sido cruel y mucha, pero su madre había accedido a que Sócrates viviera con ellas, a condición de que no considerara que los dormitorios incluían parte de la cucha ni que el inodoro fuera un manantial para saciar la sed.

Progresivamente también habían surgido otras condiciones: que los sofás no eran comida ni los floreros juguetes. Pero Sócrates se quedó viviendo

allí. Martina estaba convencida de que su madre lo adoraba. Sócrates, a su vez, retribuía con obediencia y miradas desconfiadas para los desconocidos.

El desayuno incluía medialunas de manteca con mermelada de frutilla, jugo de naranja y algo de torta de chocolate —con cuatro gordas capas de dulce de leche— del sábado cuando, a las doce de la noche y junto a su madre, Martina había comenzado el festejo de su cumpleaños número catorce.

Pasaría la mañana con su madre, almorzaría con su padre, iría al cine junto a sus amigas y, finalmente, sobre las siete de la tarde, haría una reunión con la familia de su madre. En los dos años desde el divorcio de sus padres la manera de pasar su cumpleaños había cambiado. Pero ya estaba acostumbrada.

Martina sonrió. Sobre un girasol pintado en el centro de la bandeja, también había un paquete a rayas rojas y blancas con una moña. Estiró sus manos para tomarlo.

—Ep, ep... —su madre le alejó el regalo—. Desayunar primero.

—Ay, mamá.

—No seas tan materialista.

Martina esbozó la sonrisa más manipuladora que fue capaz y estiró las manos hacia delante. Vio emerger los dientes parejos de quien la había traído al mundo y el regalo llegó hasta sus manos.

Lo abrió despegando el papel con cuidado.

—Rompé el papel.

—No —respondió Martina—. Me da lástima.

—Trae buena suerte.

Martina miró el papel suspirando.

—Pero no se puede usar de nuevo —respondió al final.

Su madre se encogió de hombros y se sirvió jugo mientras su hija terminaba de quitar el envoltorio. Unos vaqueros azules y una camisa roja.

—¡Gracias! —dijo antes de estamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Espero haberle embocado al talle. Estás creciendo demasiado rápido...

—Me los voy a poner hoy mismo —dijo mientras acariciaba los pantalones.

Eso le hizo recordar el almuerzo que la esperaba con su padre y la familia de Silvia. O sea, con ella, Nicole...

Y Matías.

Partió a las once y media, en el auto de su padre. Trató de subir rápido para que él no se cruzara con su madre, pero la precaución fue innecesaria: sus dos progenitores no tenían más intención que saludarse con un casi invisible gesto de la mano.

Martina deseó que eso la complaciera, pero cuando se acomodó en el asiento del acompañante, la invadió el desánimo. Ignoraba por qué tenía

esos momentos oscuros, de vacío interior. Eran repentinos, como una lluvia de verano, y luego se iban, pero aun así...

—¿Cómo pasaste la mañana? —preguntó su padre.

Martina miró por la ventana. En el aire flotaba polvo.

—Bien.

—¿Bien? ¿Nada más?

—Sí. ¿Qué más querés que diga?

—No sé. ¿Hiciste algo con tu madre?

—Desayunamos.

—¿No festejaron?

—Algo, anoche.

—¿Se juntaron con tu tía y tus primos?

—Hoy, sobre las siete de la tarde.

Su padre la miró con el ceño fruncido, un segundo.

—Martina, ¿te pasa algo?

—No.

La casa de su padre sufría reformas desde hacía unos meses. Siempre había escombros y olor a pintura o cemento fresco.

—Hola... —saludó su padre apenas entró.

Entonces apareció Silvia, con un equipo deportivo pero maquillada como si fuera sábado de noche, y su infaltable cigarrillo colgando de los labios.

—Ah, ahí están...

—Llegó la del cumpleaños... —dijo su padre, haciendo un gesto hacia su hija.

Martina respiró hondo, sorbiendo involuntariamente el corrosivo humo de tabaco, y ansió desaparecer. ¿Qué le importaba a la mujer de su padre que hoy fuera su cumpleaños? ¿O a Nicole, por ejemplo? Nada. Pero para estar con su padre tenía que compartir hasta ese día con esa gente.

—Martina, qué alegría, feliz cumple —dijo Silvia y estiró los labios.

Martina se forzó a sonreír.

—Gracias.

—¡Qué bien que podamos pasar tu cumpleaños juntos!

—Mjm.

—¡Nicole! —aulló Silvia y Martina respingó—. ¡Matías! ¡Vengan!

La primera en aparecer fue Nicole, escaleras abajo.

—¿Qué pasa?

—Llegó Martina.

Nicole miró a su madre y a Martina, mientras alisaba el cabello rubio que llovía hasta la mitad de su espalda.

—Ya vi. ¿Y?

—Hoy es su cumpleaños.

Nicole la miró.

—Ah. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

—De nada. Mamá, no encuentro mis zapatos verdes de gamuza.

—Nicole, ¡tenés que ordenar ese cuarto de una vez!

Nicole giró sus ojos hacia atrás y fue escaleras arriba, pero Martina escuchó otros pasos. Aparecieron unos championes gastados y unos vaqueros celestes. Después, un suéter azul y, finalmente, la cara seria de Matías.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué hay tanto alboroto?

Martina sonrió al verlo.

—Martina, ¿cómo andás?

—Bien.

—Me alegro.

Llevaba encima de la cabeza un sombrero rojo con forma de cono que terminaba en un moño verde.

—Hoy es el cumpleaños de Martina —dijo su padre.

—¿Cómo? —estalló Matías—. ¿Cumpleaños? ¿Hoy? Avisá, me podría haber preparado. —Matías la miró—. Feliz cumple.

—Gracias.

—¿Cuántos cumplís? No me digas. Siete.

Martina le sacó la lengua y Matías echó una carcajada que rebotó por las paredes.

Su padre insistió hasta el cansancio en que Martina eligiera el lugar para ir a almorzar, pero se sentía cohibida. Nicole no quería más que una ensalada. Al final, el que eligió fue Matías, y no fue una elección muy complicada: una parrillada y punto.

—Si querés pasto, problema tuyo.

—No es pasto —se escandalizó Nicole—. Es ensalada.

—Es comida para ganado. Y el ganado es gordo.

—Mamá. Me llamó *vaca*.

Martina comió de todo y resistió sin problemas, casi con deleite, la mirada de asco que le dirigió su hermanastra.

—Bueno, Martina —dijo su padre mientras esperaban el postre—, es hora de que recibas tu regalo.

A pesar suyo, Martina experimentó una sensación de vergüenza. Su padre tomó un sobre de su bolsillo y se lo entregó.

—Esto es de parte de todos nosotros. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Martina besó a su padre en la mejilla y, tras un titubeo, aceptó un beso en la frente de Silvia.

—¿No vas a abrirlo? —le preguntó.

—Sí, claro.

Ya sabía lo que era: plata. Odiaba que le dieran plata, daba la impresión de que no se habían

tomado la molestia de pensar en un regalo. Miró dentro del sobre. Parecía ser bastante, pero aun así, se sintió feliz a medias. Sonrió y lo puso en el bolsillo de su campera.

Comieron y, luego, tras una breve caminata por la rambla, volvieron a la casa. Una vez allí, Martina se dejó caer en la cama que había en el altillo, su improvisado dormitorio desde hacía dos años.

—¿Estás cansada? —preguntó Matías, que la había acompañado.

—Mjm.

—Viste que en realidad hoy no es tu cumple, ¿no?

—¿Cómo que no?

—Claro, en realidad no tenés catorce, sino catorce más los días que estuviste en Novrogod. Allá pasaron, pero acá no.

Martina meditó, asintiendo.

—Tengo catorce y algunos días. —Sonrió.

—Y yo tengo un regalo para vos.

Martina se incorporó y Matías se sentó en el borde de la cama, junto a ella.

—¿Sí?

Él le entregó un paquete de forma cuadrada. Martina lo recibió con una sonrisa y lo abrió, sin rasgar el envoltorio.

—Rompe, que trae buena suerte.

—Mi madre me dijo lo mismo, pero me da cosa.

Sacó un portarretratos. En él, aparecía una foto de ella, en blanco y negro. Vista de perfil. Por un segundo, Martina tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerse. Parecía mirar algo, hacia el horizonte. Algo bueno. Algo que no se sabía qué era.

—Nunca me enteré de que me habías sacado esta foto.

—Ah. Será que te miran sin que te enteres.

Sonrió y lo miró. Ahí se dio cuenta de lo cerca que estaban sus caras. Tomó aire, se irguió para agradecerle con un beso y le pareció que, si no ocurría nada extraño, bueno, *ups*, iba a ser en la boca, casi como sin querer, qué cosa bárbara.

Pero justo en la última milésima de segundo sus rostros de desviaron un poco y apenas si se tocaron las comisuras de los labios.

Martina se apartó y quedó expectante. Él se levantó, repentinamente, y se refregó las manos por los costados de los pantalones.

—¿Y? —le preguntó él—. ¿Cuánta plata te regalaron?

Martina se puso de pie también, sin saber muy bien qué hacer.

—No sé, no me fijé.

—No te copa que te den plata, ¿no?

—No sé. Es raro. Justo ahora que mis padres están discutiendo por la plata y eso... Es raro. A

veces pienso que si yo no existiera, no tendrían problemas. Se habrían divorciado y punto. No tendrían que discutir nada.

—Bueno, tampoco es para tanto.

—Detestan hablarse. Odio ser yo, te juro.

Y, encima, todo eso había que bancárselo a solas, porque era hija única. Si al menos tuviese un hermano o hermana...

Matías suspiró.

—Lo que pasa es que... Martina, creo que es hora de que sepas la verdad...

—¿Qué verdad?

—Tus padres en realidad no son tus padres.

Martina lo golpeó con su mano extendida sobre el pecho. Desde hacía un tiempo le gustaba pegarle un poco. Y no suave.

—No me toquetiés, que te estoy diciendo la verdad.

Siempre era así, *no me toquetiés*, en vez de *toquetees*, frase que sacaba a Martina de sus casillas. Ahí era peor, le pegaba más y más fuerte, pero en realidad no le daba bronca, sino que le divertía. Así que volvió a golpearlo.

—Escuchá —le dijo Matías—, escuchá y no toquetiés. Tus padres iban un día a buscar una mascota a la feria, un perro o algo así...

Otro golpe más.

—... Y te encontraron a vos tirada en un baldío...

Martina comenzó a zarandearlo y Matías a reírse. Eso le generaba a Martina una euforia incontenible que no sabía muy bien cómo interpretar.

—... Entonces dijeron: «Entre un perro y esto, mejor nos quedamos con esto. El perro no sirve para hacer los mandados».

Un grito de indignación escapó de la garganta de Martina al tiempo que Matías se escapaba riéndose.

El resto del cumpleaños transcurrió sin muchas sorpresas. Martina huyó hacia el cine, se juntó con sus amigas, se divirtió y comió cantidades industriales de pop acaramelado. Después, culminó el día en la casa de su tía.

Al volver a su casa, colocó el portarretratos y lo miró. Pensó en Matías, mirándola secretamente.

Mientras se cepillaba los dientes, escuchó cómo su madre y su padre discutían por teléfono. Con tal de no escucharlos, bajó hasta el living y vio de reojo el espejo de cuerpo entero de su abuela Famke, el Portal de salida de Novrogod, y allí fue que las vio por primera vez: En los ángulos del espejo se veían unas manchas oscuras, similares a moho, que no salieron cuando Martina trató de quitarlas. Parecían bacterias comiendo tejido sano. Por alguna razón, no le parecieron normales. Después de todo, el espejo siempre había estado casi impecable... Y ahora, ese tizne. ¿Qué era eso?

Martina, dejate de buscarle la quinta pata al gato, se dijo, y fue hacia su cuarto.

Martina Valiente: La cara del miedo

Federico Ivanier

Hace ya dos años que Martina vive en la vieja casa de la abuela Famke, donde descubrió el Portal que la lleva a Novrogod. Acaba de cumplir catorce, y ha pasado tanto tiempo desde que conoció la Hechicería, la Mariposa de la Luz y todo el mundo mágico de Novrogod que bien podría dudar de que todo fuera cierto. Salvo por Matías, que es tan real en un mundo como en el otro. Algo sucede de este lado de los espejos que los llevará a volver a cruzar el Portal de luz.

Martina ya sabe que es capaz de muchas cosas, pero una vez más tendrá que enfrentarse a la Oscuridad y desafiar los límites de su propia confianza. En esta segunda parte de la trilogía, la pelirroja se aleja de sus lugares seguros, recorre tierras extrañas y mares engañosos; lucha con monstruos y con hombres, espalda con espalda con la princesa Emelia, todo para estar cada vez un paso más cerca de sí misma.

«Martina cerró los ojos. Oscuridad en su mente. Ya su cuerpo estaba llegando al final. Era como estar en el medio del mar, en una tempestad, aferrada a una roca, pero sus dedos no podían más. Solo quedaba dejarse ir. Que la negrura de las profundidades la devorara.»

